

en Madrid entretiene y provoca chistes dos minutos, y más que latigazo, semeja la censura cruel carrera de baquetas, en que ya ningún corazón generoso puede dejar de interesarse por la víctima y detestar á los verdugos. Como además no soy muy aficionado al juego, faltábame el recurso de fundar una partida de tresillo. Mal humorado, me acostaba á las diez, y conciliaba el sueño leyendo y releyendo *La Correspondencia*, *El Liberal*, los periódicos de la corte, sobre todo cuando hablaban de la temporada lírica y traían alguna crónica de Magrujo, quien desde *El Harpa* había logrado ascender á la prensa de fuste, y sin duda á la suspirada butaca de favor. Pero, gradualmente se me hacía más árida y más triste la soledad de mi alcoba de posada, con sus cortinillas de muselina de dudosa limpieza, el feo lababo de hierro, la desvencijada mesa de noche y la desolación de las ropas colgadas en la percha, que parecían siluetas flácidas de ahorcados.

(Continuará.)



## DÍAS TOLEDANOS

*A Manuel María de Peralta.*

### I

Nuestro Toledo.—*La Guía*.—San Juan de los Reyes.—  
Barrio judío.

ESCRIBO de Toledo por primera vez, aunque en Toledo estuve varias; y escribo muy temerosa de incurrir en esas hipérboles de admiración que, ya lacias y marchitas, se imponen sin embargo á la pluma, como los sentimientos que las dictan se impusieron al ánimo.

De Toledo, Roma y Jerusalén, ¿qué cosa nueva podrá decirse? ¿Estudiar y reseñar sus monumentos? Para eso hacen falta prolijas investigaciones y volúmenes en folio. ¿Entonar un ditirambo? El ditirambo repetido mustia la flor de la

;

belleza, y de piropos debe de estar empa-  
lagada la vieja reina goda, la sultana, la  
emperatriz de las ciudades.

Lo único posible para no ahogarse en  
el océano de tantas maravillas, es tradu-  
cir fielmente una impresión personal, lí-  
rica, sentida y gozada con sibaritismo;  
y en vez de hablar del *Toledo* monumen-  
tal y artístico, hablar de *nuestro Toledo*,  
del que nos ha tocado en suerte. Tenemos  
el modelo de este procedimiento en el se-  
gundo tomo de *Angel Guerra*. Galdós,  
en vez de inventariar tantas preciosida-  
des, las vió al través del alma de su héroe,  
alma de español y creyente, á quien el  
espectáculo é influjo de la ciudad sagrada  
transforman, de revolucionario y dema-  
gogo, en acendrado católico,—virtud que  
no tuvieron por sí solos los bailarines  
ojos de la hermana Lorenza.—En home-  
naje á Galdós titulo estos artículos como  
él titula uno de los capítulos de su libro,—  
capítulo que releí, antes de entregarme  
al sueño después de la jornada toledana.

Formábamos la expedición más damas

que caballeros. Eran éstos el erudito Don  
Manuel María de Peralta, Ministro resi-  
dente de Costa Rica en esta corte, espejo  
de toda cortesía y ya antiguo amigo mío;  
otro discreto caballero americano, el mi-  
nistro de Chile; Luis Alfonso, Martínez  
Roda, y alguno más; entre las señoras se  
contaba una ilustre forastera, la viuda  
del general Barrios, presidente de la Re-  
pública de Guatemala, y la señora de  
Vergara: el coro de ángeles lo componía  
un ramo de graciosos capullos chilenos y  
guatemaltecos, entre los doce y los vein-  
te de edad, alegría de los ojos, y criatu-  
ras muy atentas á las bellezas artísticas  
y arqueológicas, más tal vez de lo que  
acostumbran las señoritas españolas.  
Para estas niñas americanas, los monu-  
mentos de la vieja madre España son  
leyenda y poesía, son ejecutorias de la  
nobleza de su raza, que de aquí procede.

Dispusimos pasar la noche en Toledo;  
no había otro recurso, gracias á la combi-  
nación de los trenes, á mi parecer absur-  
da. ¿Se concibe que existiendo cerca de

Madrid ciudad de tan singular interés arqueológico, no haya un tren que permita pasar en ella el día completo, irse allí los domingos, como se va al museo ó al teatro? El primer tren sale de Madrid á las ocho y llega á Toledo á las diez y cincuenta y seis minutos de la mañana. Lo primero, pues, que nota el viajero al saltar en el andén, es un apetito formidable. Sube de la estación á la fonda, siéntase á almorzar, y ya pierde hasta la una. A las cuatro y treinta, último tren para Madrid; total, un viaje de siete horas para cuatro que pueden disfrutarse en Toledo. Yo no entiendo de movimiento ferroviario; pero se me figura que no sería difícil arreglarlo un poco mejor, especialmente si el tren anduviese punto más que una galera, y si invirtiese en el camino, á lo sumo, hora y tres cuartos. Á trueque de ver algo con reposo, resolvimos arrostrar los inconvenientes de una noche toledana.

Como no éramos turistas de raza sajona, francamente, íbamos mal pertrecha-

dos. Nadie (ni siquiera Luis Alfonso, tan aficionado y entendido en arte, tan viajero), iba provisto de su correspondiente *Gula*; observé que tampoco ninguna de las señoras se había resuelto á enfundar los pies en el calzado que, según Paquita Barrios, se llama en los Estados Unidos calzado *de sentido común*:—forma ancha, suela recia, tacón plano.—Así que entramos en la fonda de Lino y despachamos un almuerzo aceptable (lo cual parece que indica loables y anticipados pruritos de competencia con el soberbio *Hotel* que está construyendo el marqués de Castrillo), adquirimos la *Gula* flamante del vizconde de Palazuelos, pensando conseguir un poderoso auxiliar, cuando en realidad es un rollizo mamotreto de manejo imposible.

Yo discurría, sopesando el librote, que la idea del *sentido común* aplicada por los Estados Unidos al calzado, debía aplicarse también á los libros, si, como éste, no son propiamente materia literaria, sino objeto de inmediata utilidad; algo

como el bastón herrado con que se asciende á las montañas, ó la maleta donde se guarda la ropa, ó la cartera que se cuelga al costado. Claro está que no hemos de pedirle á una *Gula* la impresión estética de Toledo; sólo sí que nos sirva de compañero prosaico, con buena memoria de fechas y nombres, para que saquemos de nuestra excursión el mayor jugo posible. La *Gula* del señor vizconde de Palazuelos pesa dos ó tres kilogramos, y á no disponer de un paje que se encargue de llevarla.... Me preguntarán: ¿si pesa tanto la *Gula*, es sin duda porque quiso su autor que fuese muy completa y nutrida de datos, no dejándose nada en el tintero? Así sucedería, si figurase el señor Vizconde entre los partidarios de la escuela del *sentido común*. Pero el señor Vizconde es buenamente un editor sagaz, que ha encontrado manera de vender á un mismo tiempo y á la misma persona dos ejemplares de un mismo libro. Como que su *Gula* es bilingüe, á dos columnas, una en francés, otra en castellano. Ventajas del siste-

ma: al que sabe francés, que es por orden natural todo extranjero (y si no sabe francés menos probable juzgo que sepa español), maldita falta le hace la *Gula* española. Y en cambio, al español le sirve de estorbo la francesa. Resultado: la *Gula* pesa doble, cuesta doble (la atendible cantidad de 12 pesetas), y nadie la compra, si he de juzgar por mi ejemplar, numerado con un *once*, que me prueba que no llegamos á la docena los valientes.

Dejemos ya la *Gula*. Cuando llegamos á Toledo no presentaba la ciudad el aspecto melancólico que ofrecía la noche de invierno en que acogió en sus muros al ínclito D. Pito, aquel gran nauta minuciosamente retratado en *Angel Guerra*, y que, buscando *bálsamo* aguardentero, tropezó con la Catedral. Era el día, no como de Junio, pues ni hacía calor ni el sol picaba demasiadamente, sino como de fines de Abril, toldado de neblina, que á trechos rompía un rayo juguetón de sol, vencedor de la llovizna que al salir de Madrid nos había alarmado. Toledo se nos

ofrecía grato, fresco, y á recorrerlo nos dimos prisa apenas reparado el desmayo del estómago, empezando, como era justo, por San Juan de los Reyes, situada al otro extremo de Toledo, cerca del viejo barrio de la Judería. San Juan de los Reyes, como nadie ignora, se halla entregado á restauradoras manos, muy inteligentes por cierto: las de Arturo Mélida. Pero ni Mélida pudo, ni en rigor puede nadie, evitar la mezquindad que aflige al arte arquitectónico moderno, al intentar una imitación de la perla del arte plateresco, en el edificio destinado á servir de *Escuela de industrias artísticas*. La tal Escuela parece un telón: se lo perdonaremos de buen grado si allí renacen de sus cenizas la azulejería, el bordado en sedas, los cueros repujados, industrias encantadoras, perdidas ya. La restauración del claustro está hecha con suma felicidad y primor; los monstruos de las gárgolas son un prodigio por su dibujo y su desempeño; pero la piedra blanca me lastima los ojos y me desilusiona. Por mi

fortuna, he visto el claustro de San Juan de los Reyes mucho antes de que se intentase restaurarlo: lo he visto con zarzas, con yedra, con ortigas, contemplativo, desolado, con la hermosura de lo ruinoso. Hoy aquello es una nebulosa arquitectónica sorprendida en el desorden de la creación: aquí surge un león partido en dos mitades, por un lado las ancas, por otro la formidable testa aureolada con su melena rutilante; allí la cabeza de una santa; acullá un pináculo que empieza á retorcer su hojarasca de cardo y vid; allá una alimaña que se encrespa queriendo destacarse del bloque de granito que aún aprisiona sus nerviosos miembros.... Por todas partes flechas y yugos, emblema de aquella unión conyugal, casta y fuerte, que formó nuestra gloria. El techo de alfarge del segundo cuerpo se ostenta ya, demasiado crudo y vivo en sus colores, y allá, en el fondo, quedan aún cámaras negruzcas, sin techo ni piso, con alto ventanaje que cae á la iglesia....

Puede decirse que estábamos en el ba-

rrio de la Judería, y quisimos no dejarlo atrás sin dar un vistazo á dos joyas del arte semítico: el Tránsito y Santa María la Blanca. El viejo barrio es hoy un rincón pobre y silencioso; chiquillos de descalzas piernas y pedigüeñas bocas juguetean rodando entre el polvo de sus calles. Dicen que este barrio fué de lo más poblado y opulento de la Toledo de los siglos xiv y xv: que allí se congregaron rabinos, enseñaron doctores, abriéronse opulentos bazares, donde se vendía oro de Ofir, aljófares de Golconda, chales, tapices, sedas y armas. Armas aún se venden hoy, pero son de las vulgares y conocidas, de la Fábrica; un armero las expende en un tenducho subterráneo, precisamente frontero á Santa María la Blanca. El barrio, desierto y humilde, no carece aún de cierto misterioso prestigio. ¡Lástima que no nos alcance el tiempo para detenernos en las ruinas del palacio del sabidor marqués de Villena, altivas ruinas que dicen á gritos: «Piérdase todo y sálvese el honor!»

Santa María la Blanca, que he visto muchas veces, me produce siempre la misma impresión, que podré llamar *sin-tética*. En las catedrales y en monumentos como San Juan de los Reyes, la impresión se subdivide, el rayo luminoso se polariza, llegando á causar vértigo por esa misma subdivisión y variedad. En Santa María la Blanca, la increíble sencillez del exterior deja al alma tranquilidad y espacio para apreciar la armonía interior de la idea religiosa. Allí la hermosura no procede ni de la riqueza de los materiales empleados, ni del prolijo trabajo del obrero, sino de la fuerza creadora y unidad sublime que supo alcanzar el arquitecto.

El Tránsito, que visitamos al salir de Santa María la Blanca, está labrado como un camarín: sus ajimecillos lucen filigranas, de ataurique, y sobre su complicada zona de alharaca campeon los escudos de León y Castilla. Por desgracia, ni estos primores, ni la lacería del techo, pudimos ver apenas, por estar obstruido el interior del edificio con andamios. Tam-

poco podríamos (aunque las viésemos) leer las inscripciones hebraicas de las paredes, que nos dicen que aquella sinagoga la edificó Samuel Leví, tesorero del Rey de Castilla, «hombre de pelea é de paz, gran fabricante», añadiendo al final mil bendiciones al rey Don Pedro, que otorgaba á los judíos una decidida protección que le hizo odioso al pueblo toledano.

Estos edificios árabes de Toledo no debieran verse después de los templos católicos, sino solos; son otro mundo, otra civilización, otro espíritu, otra forma del arte; son á Toledo lo que á Roma el Coliseo y el Foro. Nosotros, á decir verdad, no hicimos sino asomarnos á la puerta del arte semítico en Toledo. Quedáronse sin ver el Cristo de la Luz, el Taller del Moro, la Casa de Mesa.

## II

Procesión en la Catedral. — La «Señora» y sus galas. —  
Recuerdo de Juanelo Turriano.

La Catedral está de fiesta. Por sus naves hormiguea, va y viene una multitud

endomingada, llena de perifollos á uso de París y Londres: conjunto de siluetas de figurín, que riñen con el aspecto de la vetusta ciudad. Este gentío no siente ni percibe la hermosura peculiar del sagrado templo; no nota *el escalofrío de las altas bóvedas* y la dulce fiebre mística que en tales lugares abrasa el organismo. Al ver á aquel mujerío tan bien prendido, trajeado á la última moda, aquella colección de mozos, militares y paisanos, que las miran desdeñando los vidrios góticos y las rejas de encaje, recordé un pormenor de la Catedral. Suspendido á bastante elevación sobre un pilar, frente á la capilla del Sagrario, hay un cartelón ó tablero, que dice poco más ó menos (pues no poseo la exactitud del vizconde de Palazuelos para apuntar inscripciones). «Están excomulgados los que en la basilica hagan señas, miren ó hablen deshonestamente». La condena demuestra ser el caso frecuente, y no juraría yo que aun ahora faltasen allí, si no miradas y señas propiamente deshonestas, algo como flecheo del

rapaz de Gnido. Cosa averiguada : en las poblaciones que tienen Catedral y donde escasean teatros y bailes, la basilica metropolitana es el *amadero*: en ella se exhiben las niñas bonitas y maniobran los amartelados galanes. Yo no declamaría jamás — si fuera moralista — contra las fiestas profanas. En cambio azotaría con pencas al que en la catedral de Toledo fijase siquiera los ojos en un rostro de mujer.

¡Con qué gusto presencié una procesión en Toledo! Hay quien teme ir á Toledo en días solemnes ; y es gran yerro, porque allí cualquier ceremonia reviste soberana magnificencia. ¿Qué vale la fría y pobre *mise en scène* de los teatros al lado de este lujo secular, de estos ropajes asiáticos y esta ingenua coquetería decorativa?

Nadie ignora que no existe en el mundo catedral tan rica en ornatos como la Toletana, aun hoy, después de las adversidades y decadencias lastimosas que lamenta, en *Angel Guerra*, el beneficiado don

Francisco Mancebo. Los objetos destinados al culto me entristecen cuando los veo arrancados de su fondo natural, y metidos detrás de los escaparates, á manera de fósiles de la fe, viriles, custodias, patenas, platos de cuestación, relicarios, frontales y cálices. Uno bizantino que logré adquirir, al punto se destinó á celebrar misa en el oratorio de casa. No quitéis al cuadro su marco, ni á la planta su terreno propio. ¡Cuán diferente ver, en aquellas naves inmensas, alumbradas por los esplendentes reflejos de la vidriería, sobre el fondo de las rejas de maravillosa labor, pasar lenta y majestuosa, entre incienso y cánticos, la manga de brocado de oro con figuras y medallones de recamo de seda, la cruz de cincelada plata, y detrás los canónigos con sus mucetas carmesíes, los niños vestidos de ángeles barrocos, con sus diademas y plumajes dignos de un auto sacramental, y el Deán luciendo su oriental vestidura, agobiada la cabeza por el peso del *superhumeral* constelado de oro, perlas y pedrería! Y por



último, la asombrosa Custodia, en cuya traza intervinieron artistas como Juan de Borgoña y Enrique de Arfe, y en que trabajó por espacio de siete años una legión de plateros y orifices, poblándola de un ejército de figuritas, bordándola de calados y arquillos, y colgando de sus finas bóvedas musicales campanillas.

Al presenciar la aparatosa y magnífica ceremonia, me entró profundo desdén por los que van á la Catedral en busca de alguna muchacha toledana de carne y hueso. Allí se debe buscar una belleza, pero belleza digna de tal alcázar, una reina merecedora de tanto brocado, de tanto joyel, de tanto arte y de tanto culto. En la catedral de Toledo compadezco sinceramente al que ande prendado de otra hermosura que no sea la Virgen del Sagrario, la *Señora*, que así la nombran con misteriosa reverencia sus devotos.

Para esta morena emperatriz, que acaso escuchó las plegarias de Recaredo, y que

según tradición constante se remonta á los tiempos apostólicos, fundieron y cincelaron los artífices la enorme verja de plata maciza que cierra la entrada de su camarín, el trono y altar con sus ricos relieves, su hojarasca y sus angelotes, también de purísima plata: para ella fueron arrancados de sus canteras en distintas regiones de España, labrados y pulimentados, los jaspes, mármoles y serpentinas que se incrustan en las paredes de su cámara; para ella se engarzaron los inestimables pendientes de americanas perlas, tamañas como huevos de paloma, y las ajorcas de sultana, gruesas, deslumbrantes, con resalte fastuoso de pedrería saliéndose del engaste á fin de que arroje más luces y rayos cegadores. Para ella, las manos pálidas y exangües de místicas bordadoras, parecidas á la *Angélica* del *Ensueño*, recamaron aquel manto, digno de emular al famoso *sainfo* de la deidad cartaginesa Tanit, presea que ninguna reina habrá ostentado igual, bordado de oro á tope, recamado por más

de ochenta y cinco mil perlas, y literalmente cuajado de esmeraldas, amatistas, rubíes, diamantestablas, diamantes rosas y brillantes. ¡Digno adorno de la beldad bizantina que el autor de *La vida es sueño* describió así :

«... Una frente espaciosa  
Sobre cuyo campo caen  
Rubias trenzas, que el aseo  
Con los dos hombros reparte ;  
Cejas dos arcos de amor,  
Ojos serenos y graves,  
Boca risueña y honesta  
*Rubi partido en dos partes ;*  
El color todo es moreno,  
Y por serlo más amable!....»

Acaso la fantasía del poeta extremó el elogio de la hermosura de la *Señora* : sin embargo, vista desde donde la puede ver el público, es bella con hierática belleza la divina mujer en quien San Ignacio de Loyola afirmaba que nos hacíamos en la Eucaristía una misma carne, puesto que Cristo había tomado su carne de ella.

La catedral de Toledo es una catedral

mariana. Su alma está en la capilla del Sagrario. Sin duda por eso, aquí, donde la Virgen por sus propias manos vistió la casulla á un su enamorado y siervo, resalta más que en ninguna parte la coquetería y gala de las joyas, de las ropas, de los bordados de oro, plata y seda, de los ornatos de admirable elegancia, en tanto número, que no es factible calcular el precio y valor que representan. Hoy se ha dado en la manía de adornar con telas litúrgicas las habitaciones, y hay quien viste un sillón con una hoja de casulla, chimenea que luce un recamado frontal, paredes que adornan, á guisa de cuadros, pendones y mangas de parroquia, y capa pluvial donde se reclina el cuerpo más pecador. Ya me va pareciendo algo de mascarada : no encuentro la armonía estética de los ornatos sacros, sino aplicándolos á su verdadero destino. Una catedral es un organismo ; sus detalles adquieren mayor valor reunidos, pues concurren á realizarse mutuamente. Cada accesorio de las catedrales está concebido de tal modo,